

Exceso de equipaje

Charles STANLEY

biblicom.org

Índice

1 - Un primer viaje	3
2 - Un segundo viaje	4
3 - La cruz de Cristo responde a estos 2 estados de ánimo	5

1 - Un primer viaje

Hace poco, mientras esperaba en la estación de Stoke (ciudad de Inglaterra), escuché una fuerte discusión sobre el exceso de equipaje de un caballero. El propietario del equipaje quería claramente estafar a la compañía, y un agente se negaba, con toda la razón, a dejarlo marchar hasta que no se pagara el importe. Me gustó la actitud firme del agente, un irlandés corpulento, y, una vez que se calmó el alboroto, entablé la siguiente conversación con él. Le dije: “Supongo que el pasajero no puede marcharse hasta que no se haya pagado el suplemento por exceso de equipaje. ¿Cuánto es?”. “7 chelines y 6 peniques”, me respondió, “no puedo aceptar menos que el importe total”. “Es muy cierto”, respondí; “pero si un amigo pagara el importe total, ¿le impediría subir?”. “¡Oh, no, señor! ¡Me alegraría mucho que se marchara!”. “¿Y los porteadores a lo largo del trayecto, cree que le detendrían?”. “Oh, en absoluto, señor; sería bienvenido como si hubiera pagado él mismo hasta el último penique”.

“Bueno, supongamos que usted y yo estuviéramos a punto de hacer un viaje hoy, digamos de este mundo al otro, ¿qué pasaría con el exceso de equipaje, me refiero a nuestros pecados, si se pusieran en la balanza de la justicia divina? ¿De verdad cree que usted pasaría?”. “Bueno, señor –dijo él–, eso es lo que a menudo me perturba cuando pienso en la muerte. Voy a la iglesia los domingos, ya lo sabe, señor, pero incluso así temo que mis pecados sean demasiado pesados para que pueda entrar en el cielo”. “Entonces, ¿qué tiene para pagar el exceso de equipaje?”. “Oh, señor, no tengo nada, porque soy un pecador”. “Déjeme contarle lo que hizo otro. Cuando Dios pesó nuestros pecados en la balanza de la justicia divina, su peso era tal que el plato se elevó cada vez más, hasta que el precio exigido fue el Hijo de Dios”. Y me alegra poder decirle que Dios no perdonó a su propio Hijo: «Porque Dios tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Ahora bien, así como no sería justo que dejaran pasar al pasajero antes de que pagara la totalidad de su exceso de equipaje, tampoco sería justo que Dios dejara entrar al pecador en el cielo antes de que expiara todos sus pecados. Pero, así como es perfectamente justo que usted deje pasar al pasajero cuando su exceso de equipaje ha sido pagado por otra persona, ¡cuánto más *es perfectamente justo que Dios acoja al pecador, cuyo terrible peso de los pecados ha sido pagado por la muerte de Jesucristo, su amado Hijo!* El precio exigido por la justicia divina ha sido pagado en su totalidad. «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo» (Hec. 16:31). Sí, y entonces, si hoy le llaman a emprender su viaje, “usted podrá mirar la cruz y pasar a la presencia del

Señor”.

Mi tren partió, el hombre me dio las gracias por la conversación, y solo Dios sabe si lo encontraré entre los redimidos allá arriba.

Bueno, lectores, ¿qué hay de su exceso de equipaje? Son ustedes pecadores, «puesto que todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Rom. 3:23). Si Dios les dejara sentir el peso real de uno solo de sus pecados, se hundirían en una desesperación eterna. Sin embargo, por extraño que parezca, encuentro que muchos de mis compañeros de viaje parecen pensar que Dios es mucho más indiferente a nuestros pecados que el agente ferroviario lo era al exceso de equipaje. Saben que son pecadores, pero para algunos de ellos el pecado es algo muy leve y, sin embargo, esperan entrar en el cielo de una forma u otra. Creen que, si empiezan a mejorar *algún día* y se esfuerzan al máximo, todo acabará saliendo bien. Lectores, si ese es su estado de ánimo, no están lejos del lago de fuego y sus tormentos eternos. A veces me encuentro con personas que tienen una mentalidad totalmente opuesta a esta. Les contaré un caso.

2 - Un segundo viaje

Fui a la estación de Tetbury (ciudad de Inglaterra) en autobús. Mi compañera de viaje era una joven que parecía perturbada. Después de conversar con ella un rato, le pregunté cómo estaba su alma. Nunca olvidaré su respuesta. “*No sirve de nada*. He intentado tantas veces renunciar a mis pecados y al mundo, y servir a Dios, y he fracasado cada vez. Solo consigo aumentar el peso de mis pecados. He renunciado a intentarlo”. Al pronunciar estas palabras, las lágrimas corrían por su rostro. Le dije: “Me alegra oírle decir eso”. Ella pareció muy sorprendida y me pidió una explicación. Le leí Marcos 2:1-5. Le dije que el paralítico había tenido que ser bajado del tejado en su estado de total impotencia hasta los pies de Jesús. Fue entonces, y solo entonces, cuando escuchó estas preciosas palabras de Jesús: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Ella había cometido ese error; había intentado elevarse un poco más con grandes esfuerzos. Tenía que dejarse humillar, y Dios, con cada fracaso, la había humillado un poco más; y ahora que estaba impotente a los pies de Jesús, yo estaba feliz de poder presentarle la salvación completa y eterna a través de Él. Ella me dijo entonces que nunca había visto las cosas desde ese punto de vista. Su madre, al vernos subir al autobús, se había retirado para rogar a Dios que aprovechara esta ocasión para la conversión de su hija. No sospechaba que, unos días más tarde,

volvería a la casa de su madre para morir allí. Volví a pasar por la misma ciudad 7 meses después. La encontré pálida en su lecho de muerte. Ahora había encontrado la paz gracias a la preciosa sangre de Cristo. Las visitas de un cristiano habían sido una bendición para su alma. Ahora está con el Señor.

3 - La cruz de Cristo responde a estos 2 estados de ánimo

¿Son ustedes indiferentes al pecado? Miren a la cruz; en ella vemos que es imposible que Dios sea indiferente al pecado.

¿Están sus almas abrumadas por el pecado? ¿Se sienten como aquel que, con su equipaje excesivo, debe presentarse ante Dios con sus pecados? ¡Oh, cuán abrumador es el peso y la culpa del pecado, que siguen presionando el alma hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo! Sin embargo, por mucho peso que sintamos, solo en la cruz de Jesús podemos aprender verdaderamente lo que es el pecado. La cruz de Cristo fue la balanza de la justicia divina en la que se pesó el pecado hasta el extremo. Dios depositó todo su peso sobre Jesús.

«Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Is. 53:6). Este pensamiento hizo que, de Él, el Hijo del Hombre, brotaran gotas de sangre. Oh, mediten en la hora solemne de la cruz, cuando su alma fue ofrecida en sacrificio por el pecado. ¡Bendito sea Jesús! En esta hora de tinieblas, tú has soportado todo el peso, toda la maldición del pecado. Acepten, almas mías, acepten; el precio ha sido pagado: todo está consumado. El precio de su terrible carga ha sido pagado; plenamente, divinamente pagado, pagado hasta el final. Jesús ha resucitado. Estamos justificados. Dios, que puso sus pecados sobre Jesús, les ha justificado. Acepten. Este mismo Jesús volverá pronto para recibirles junto a él.

Lectores, nada puede liberar sus almas sobrecargadas, sino la cruz de Cristo. Sus mayores obras no pueden socorrerles más de lo que sus mayores pecados les alejan de Dios.

Creyentes, ¿por qué dudar? Acepten esta Palabra de Dios con santa confianza. Dios es divina y eternamente justo al justificarles de todo pecado y al acogerles al paraíso.

«Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. 6:14).